



Foto de tapa: José Luis Miralles

Sobre
Desierto

DE
José Luis
MIRALLES

¿Qué nos pasa al transitar por el desierto patagónico? ¿Cómo nos afecta? ¿Cómo nos integramos a este espacio una vez que estamos ahí? Hay quienes aborrecen atravesar este paisaje monótono, difícil y áspero, lugar obligado de paso para quienes salen de la isla de Tierra del Fuego hacia el norte. Cada año, muchas veces. Hay ocasiones en las que solo queremos salir del desierto, se lo llega a odiar. No se encuentra la belleza en medio de tanto viento a esa cantidad de lugares abandonados, al polvo, las tormentas de arena o de rayos, las casas aisladas.

“Hay cosas durísimas en el desierto. Hasta que se descubre cómo es estar ahí”, señala el artista visual José Luis Miralles, que aproximadamente desde el año 2014 mira y recorre este espacio geográfico, que deja de ser sólo físico o tangible para convertirse en otra cosa desde su práctica artística-poética. Desierto es el nombre de su proyecto más reciente, aún en proceso, formado por un conjunto de fotografías infrarrojas copiadas en material

duratrans y pinturas en polvo de hierro y resina. Todas estas piezas son montadas dentro de cajas de luz manufacturadas cuidadosamente por el propio artista.

El registro fotográfico es un punto de partida del proceso de trabajo. A través del mismo se inicia una conversación, se entra en relación con el paisaje desde el camino de ida y el transcurrir del viaje. Este es un primer paso de la extensa bitácora visual y sonora que va conformando en cada trayecto, año tras año. Es en el retorno del viaje que se toma más tiempo para registrar audios, imágenes, caminar, estar, según lo señalado y seleccionado previamente. Un “estar” en el desierto lleno de dificultades: para fotografiar, caminar, manipular los equipos y mantenerlos bajo resguardo. Además de la fotografía y las pinturas, un conjunto de tres videos forman parte de Desierto. Situados espacialmente entre la Ruta 3 y el mar, todo queda registrado: el andar sinuoso, los accidentes, el sonido del viento y de las tormentas, sus voces, el susto de

estar ahí. El rojo se agrega en la edición. Hay un texto integrado a la obra, escrito a mano y en forma de espiral que aparece encima de una de las fotografías, elocuente como para citarlo (casi) entero:

“Al recorrer el desierto patagónico, saliendo y entrando a la Isla de Tierra del Fuego por las rutas 3 y 40, acompañado por el viento cruzado y las tormentas de arena que acarician con fuerza cruel el vehículo, junto a esa especie de soledad que crece al recorrer el camino, al principio uno piensa: no, aquí no hay belleza, tengo que huir. Pero con el paso de los años, en algún momento, uno se detiene y contempla esos cráteres, lomas y construcciones que sucumben a la erosión de lo superior de este entorno desolado de la humanidad, y es cuando se empieza a vivir bajo las condiciones del desierto y de un pensamiento nómada. (...) el peligro consiste en que nos convirtamos en verdaderos habitantes del desierto y nos sintamos cómodos en él”.

Lejos de aborrecerlo o querer huir, el desierto actúa en este conjunto de trabajos como un refugio poético del cual no se quiere salir, pero sí atravesar y ser parte: instalarse, tener un lugar, darse un sentido. Al mismo tiempo el tema del desierto abre puentes entre esta geografía y quienes la habitamos, abre sentidos en torno a cómo nos atraviesa.

María Laura Ise